

josé kozer



Lecho

Para Javier Sologuren

La niña saborea un granizado de menta.

Un perro, díscolo.

El aroma de las lilas, arpegios: en la penumbra una mano subdivide
en el aire ideogramas.

Se vuelca una jarra en silencio.

Brotan

dos hortensias (trapo y papel), harapos.

En la consola un ciclista de juguete con un martillo de plata
irá a iniciar la hora en unos instantes.

Las once, fosa.



En la primera acuarela una plenitud de ánades e invierno en la laguna.

El segundo teniente de infantería (Bilderstein) acaba de cerrar la amplia
argolla de un ocho en una pirueta un tanto maquinal y medianamente
desdeñosa sobre la pista de hielo.

Ligera inclinación, saludo a la Srta. Bertha entre las sillas que forman
un corro de posturas metálicas y vermul.

Si hubiera necesidad de describir el cielo en su ascenso diríamos que
ya que se avecinan campañas en las que tropas y bestias de tiro
y carga serán diezmadas como un solo hombre cuyo comportamiento
en medio de la carnicería se caracteriza por su expresión de glacial
remordimiento

y ya que Herr Bilderstein habrá caído con un gesto Delacroix (abrazado a
la cureña)

resulta preferible

que el cielo aparezca color trigo casto al que hemos de aplicar el adjetivo
luminoso.

y para describirlo en su totalidad

hagamos referencia a Turner (Delius) aquellos inolvidables exteriores que
nox brinda noviembre en las afueras

de Leipzig.

Poco hay que añadir

pues en la segunda acuarela estamos ante un monocromo que aprovecha
mayormente la propia textura del papel, las muchachas
(algo más robustas
con sus manguitos de marta y cuellos de piel de zorro) se hubieran marchado
de no oír a los camareros que a las cinco en punto llegaba a
patinar un grupo de procuradores, cachimbas
y dandismo, Bertha
por su culpa se obligaría (ajena) a pedir otro cordial (recordaría) una
antigua hinchazón de pájaros
en el tiro
(abultado) algo corto de uniforme (húsares) de los cuerpos de asalto.

Naturaleza muerta

La mosca deshizo la sombra del azúcar (pilón) sobre el papel de estraza.
En la cereza, un mordisco.
(Podría suscitarse un revolver azul de cardenales, la vieja digestión de
una geisha que bosteza entre la fronda de una gruta).
Sake: los cuencos quedaron a medio consumir.
En el platillo, unas pepitas (cavilación) hormigas entre las mondas y
hollejos
de una mandarina.
Los cabeceos de la mujer a dúo, el caramillo
y una sombrilla de papel.
Hacia la verja está el templete, una baranda, escalones: rumor los pies,
amagan
las sandalias de esparto.